

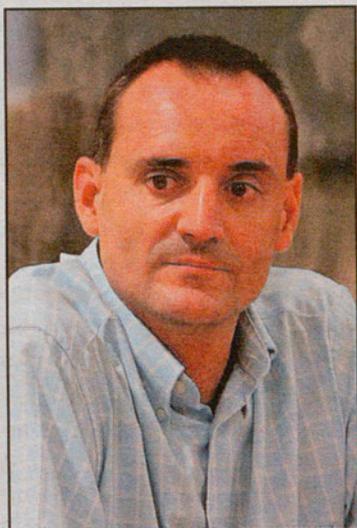
Diario del Director

Jueves, 17

El letrado estaba indignado

Un prestigioso letrado y ex regidor cuyo nombre no puedo decir, porque se trató de una conversación privada, me llama después de dos días de habernos estado buscando infructuosamente (ahora yo no estoy, ahora él no está). Cuando por fin contactamos me suelta a bocajarro la caballería: "Roberto, ¿me has decepcionado!".

Xavier Solanas



Ya se sabe: la confianza da asco, y las personas que te conocen de hace muchos años se pueden permitir estos desaires verbales. No tengo ni idea de qué habla, así que le pregunto el motivo de su decepción: "Estoy indignado

por el tratamiento informativo que habéis dado, la prensa local me aclara, a los dos fichajes del Consorci, ¿es de vergüenza!" No sé si la vergüenza es por los fichajes, o por el tratamiento informativo, así que le pregunto si ha leído la información que hoy mismo hemos publicado y me responde que aún no. Me quedo más tranquilo, aunque con la vehemencia con la que me ha hablado sospecho que tampoco le gustará. No hace sangre.

Soy consciente de que la crónica está escrita con la pulcritud y la frialdad de un notario. Ningún adjetivo. Una simple narración de los hechos de forma neutra. El relato de un taxidermista sin alma: *el interfecto no respira a causa de un arma blanca hendida en el esternocleidomastoideo con resultado de muerte. La incisión ha sido limpia. Firmado el forense de guardia.*

Lo hice así porque no quise cargar las tintas sobre dos personas *culpables* de haber aceptado una buena oferta de empleo en un momento complicado. Expresamente no quise que ninguno de los dos percibiera una inquina personal que no existe. Y no es prudencia. Los hechos son irrefutables. En otro tiempo habría saltado a degüello como un lince con hambre dispuesto a la caza de un buen banquete, pero he dejado ese instinto depredador.

Ahora cuando me pongo delante del ordenador tengo un defecto, pienso en la herida que dejan las palabras. Algunas, como si el tiempo no pasara, no cicatrizan nunca. Y freno y me retengo. Probablemente sea un defecto, o no. No soy tan atrevido, aunque eso sí: no puedo faltar a mi obligación. Tengo que escribir el Editorial.

PD: El hombre de la foto, el exalcalde de Montornès, es uno de los dos beneficiados.

Viernes, 18

Mi maestro era la mano derecha del gobernador civil

Este año no voy a poder escribir una palabra de l'Ascensió. El Día de la Ascensión quiera Dios que a los cielos, pero tuve que ir a un entierro en Lleida. El *padri* Ramon se ha muerto. Mis hijos se han quedado sin el segundo abuelo que les quedaba... Estoy escribiendo esta nota en el balcón de la abuela, desde ayer viuda. Con lápiz y papel, como esas cartas a la vieja usanza. Oigo el griterío de los niños al salir del colegio. Ha salido el sol. La vida está llena de vida. ¡Qué contraste con la mañana gris en la Ciudad de los Muertos en la que sólo había silencio, el ruido de los pasos de la comitiva y el recuerdo; y ahora en el balcón, mecido en el balanceo de los niños, me viene a la memoria mi maestro de los cuatro años de Primaria en la antigua escuela de la Catedral (nombre oficial: la Seu Nova). Mi maestro, cuyo nombre es la clave que he tecleado en mi ordenador por si me olvido de la contraseña, y por lo tanto no citaré, era mi modelo a seguir. Me gustaba su estilo y como explicaba la lección. Hasta como fumaba (saben, ¡si eran salvajes!, entonces los maestros fumaban en clase). Le imitaba y me colocaba el reloj de pulsera como él hacía: al revés. Me fui de la Catedral con diez años. A esa edad, y muchas veces a ninguna, uno no sabe lo que piensa su maestro. Yo no lo sabía hasta que mi hermano, que conoce como nadie el gremio de los maestros, hace poco me lo contó, y me quedé patidifuso: mi maestro de toda la Primaria, el maestro que conservo en un rincón de la nostalgia del corazón, y en la contraseña de mi ordenador por si me da el Alzheimer, era ¡la mano derecha del gobernador civil de Lérida! Y que por eso un día a la semana, los viernes, faltaba a clase y lo sustituía un canónigo de la Catedral. Mi maestro era el secretario político del hombre que mandaba todo lo que un hombre puede mandar en la época *amable* del franquismo de los años del Desarrollo de los 60.

Esto es lo que me ha venido a la cabeza en esta tarde de un triste día de entierro, oyendo las voces de los niños al salir de la escuela, y recordé lo que ayer escribí sobre el abuso de los cargos públicos y el Editorial, y recordando una cosa y la otra, saltando del hoy al ayer, y del ayer al hoy, pensé que, tal vez, lo único bueno de aquella época, el franquismo que yo conocí, era que la mano derecha de quien más mandaba tenía que ganarse la vida dando clases en una escuela nacional.

Domingo, 19

Arando en un surco que no tiene fin, o tal vez sí

Recibo todas las semanas en mi correo felicitaciones por esta sección, dicen que original, del Diario del Director, aunque la verdad es que sea poco original escribir un

diario. Pensé crear esta sección de página (que a la segunda entrega se convirtió en dos), el pasado verano y por una cuestión práctica: como cada vez me muevo menos, bien sabe Dios que no por comodidad, tenía que adaptarme a mis circunstancias, como diría José Ortega y Gasset. Y bromeé bromeando, he descubierto que escribir cada día sobre un hecho que me ha llamado la atención, es más fácil de lo que creía. Me he sorprendido, y lo más importante: me sorprende el interés que despierta, y no quiero pecar de vanidoso, lo digo porque es el feedback que recibo. De hecho, de entre lo que escribo, ahora mismo esta sección compite en popularidad con la vecina del *Vallès de las Buenas Noticias*. ¡Quién lo iba a decir! Claro que bien pensado es normal: en tiempos como los que corren hablar de buenas noticias (y reales) es de agradecer.

Dicho esto les he de confesar que este Dietario me roba mucho tiempo, porque el Diario no deja de ser más que una sección doble dentro de una Revista que debo dirigir y en la que no me falta materia para estar entretenido. Lo puedo hacer porque yo soy un *pésimo* director, si como *buen* director se entiende a una persona que quiere tenerlo todo bajo control. Que no salga publicada una noticia sin el *nihil obstat*.

No me meto en el trabajo de los periodistas (aconsejo eso sí a los recién llegados, pero como tenemos pocos, aconsejo poco). Salvo que un tema sea delicado, dejo que cada periodista trabaje los asuntos que lleva entre manos con absoluta libertad, que aquí todos nos afeitamos la barba desde hace muchos años, y que el viernes pueda leer el detalle con las mismas ganas con que Ud. lo espera cada semana. Entenderán porqué digo que soy un *mal* director. También que los periodistas de esta casa estén acostumbrados a que lo que escriben se publique sin censura previa ni mental. Además, tienen otra ventaja, como cada vez hablo menos, no tienen que oírme mucho.

Decía que si continuo reo de este Dietario es porque nunca había recibido tantos halagos por una sección y lo cierto es que aunque el halago es hijo directo de la vanidad, y la vanidad debilita a las personas, me ayuda porque me hace más llevadero el peso y la atadura, esta especie de yugo que me he puesto a lomos de buey, arando, continuamente arando, con la vista puesta en este surco informativo que nunca tiene fin. O tal vez sí lo tiene...

Lunes, 21

El valor de la independencia

He llamado a Albert Canet para preguntarle sobre los congresos local y comarcal de esta semana y la conversación me ha recordado a la de quien va a un sacamuelas sin anestesia. El hombre estaba reservado, a la defensiva. Incómodo. Hacía tiempo que no hablaba